**La OTAN y la militarización global**

Jorge Elbaum, 3 julio, 2022, <https://www.lapluma.net/>

La Organización del Atlántico Norte (OTAN), alianza militar que congrega a 28 Estados de Europa junto a Estados Unidos y Canadá, realizó su Cumbre en Madrid, en la que definió a Rusia y a China como sus enemigos al tiempo que decretó el final de la etapa de la globalización neoliberal. La militarización de la producción, la distribución, el comercio y la comunicación expresan la consolidación de dos bloques geopolíticos y una subsecuente reconfiguración de las relaciones internacionales.

El documento de la Cumbre, que finalizó el último jueves, expresa el Nuevo Concepto Estratégico de Madrid, basado en una cobertura planetaria. Entre 22 puntos se consigna la necesidad de enfrentar las “amenazas cibernéticas, espaciales, híbridas y asimétricas, y al uso malicioso de tecnologías emergentes y disruptivas”. También señala la necesidad de combatir las prácticas comerciales de sus adversarios y/o enemigos, y define nuevas áreas de incumbencia como la energía y las migraciones –incorporadas en el punto 6 del documento– como dimensiones de tratamiento militar. “Abordaremos –especifica la declaración firmada por los jefes de Estado– de acuerdo con nuestro enfoque de 360 grados, en los dominios terrestre, aéreo, marítimo, cibernético y espacial, y contra todas las amenazas y desafíos”, apelando a una mayor “cooperación civil-militar”, ampliando “la asociación con la industria” y reuniendo a “los gobiernos, el sector privado y la academia para reforzar nuestra ventaja tecnológica”.

Todas las esferas de la vida pasan a estar militarizadas en “operaciones de alta intensidad y multidominio”. La referencia a los procesos migratorios, conceptualizados como una problemática bélica, permite explicar los trágicos sucesos acaecidos en San Antonio (Texas) –donde murieron asfixiadas 46 personas en un camión con acoplado– y la masacre de Melilla, donde fueron asesinados 37 africanos que buscaban escapar del hambre y la guerra.

La cumbre de Madrid extiende las concepciones planteadas en 2010, referidas a las “amenazas a la seguridad no relacionadas con conflictos armados”, así como las relacionadas con la “la seguridad energética, las cadenas mundiales de distribución comercial, los riesgos sanitarios o el cambio climático”. En ese registro, cualquiera de estas dimensiones deberá ser monitoreada desde una perspectiva bélica y deberá incluir potenciales sanciones y/o justificaciones de injerencia otantista. Un paso más cercano a la guerra híbrida, consistente en el manejo de modalidades de conflictos, operaciones integradas y superpuestas: convencionales, irregulares, espaciales y virtuales, atravesadas por manipulaciones diplomáticas, mediáticas y judiciales, estructuradas sobre la base de operaciones de configuración cognitiva de las poblaciones.

En Madrid se inició el procedimiento estatutario dispuesto para el ingreso de otros dos miembros, Finlandia y Suecia, al tiempo que se suscribió la instalación de una base militar en Polonia, donde residirá el cuartel general permanente para el quinto cuerpo de ejército de los Estados Unidos. Para convertirse en multidominio, la OTAN se propone –además de orientarse hacia el Este, para cercar más a Moscú y a Beijing– ampliarse hacia el Atlántico Sur, instalando bases operativas en África, América Latina y la Antártida. En una segunda fase, estipulan, buscará la expansión hacia el Ártico.

El objetivo estratégico de la OTAN durante la Guerra Fría se resumía en la contención, es decir dificultar la expansión de la Unión Soviética y el resto de los países ubicados detrás de la que se denominaba “la cortina de hierro”. Por el contrario, el objetivo actual de la Alianza Atlántica, comunicado por su secretario general, el noruego Jens Stoltenberg, consiste en la búsqueda por desarticular la soberanía de los países considerados enemigos (la Federación Rusa) y/o adversarios (China, Venezuela e Irán, entre otros). Para lograr ese propósito se requiere moldear el orden mundial de acuerdo con la visión y los intereses de los tres ejes corporativos de dominación, definidos originalmente por Washington: las transnacionales, los centros financieros y el complejo militar-industrial, integrados por directores intercambiables que entran y salen por puertas giratorias. Esos tres colectivos, articulados, se constituyen en el centro de la propuesta atlantista de hegemonía global, que consideran actualmente desafiada por la entente sino-rusa.

La militarización de la economía, conceptualizada por el documento de la OTAN, generó el incremento del precio de los fertilizantes y la energía, provocando inflación y escasez alimentaria en el sur global. “Creo que quienes proponen estas decisiones tienen la ilusión de que podrán intimidar a Rusia, contenerla de alguna manera. No tendrán éxito”, precisó el viceministro de Exteriores, Serguei Riabkov, el último miércoles.

La destrucción de países como Irak, Siria, Yemen, Somalia, Sudan y Libia es la expresión de esa direccionalidad, en términos de desintegrar aquello que no puede ser moldeado: se tratará de darle continuidad al desmembramiento de países díscolos para transformarlos en Estados fallidos y lograr, de esa manera, controlar sus recursos e imposibilitar la vinculación con Rusia o China. La nueva etapa de la OTAN amplía sus facultades, designando como objetivo a las redes de cooperación interestatal: buscará entorpecer los vínculos y las lógicas de cooperación desplegadas por países considerados enemigos o adversarios.

Como parte de esa tarea, se buscará el desmembramiento de la Ruta de la Seda, con el objeto de disminuir la influencia de Beijing. Los primeros ensayos de esta orientación estratégica, sin embargo, no han sido efectivos: las sanciones unilaterales (económicas, comerciales y financieras) orientadas a debilitar a Moscú se convertirán en el paradigma de esta nueva concepción atlantista, destinada a orientar con perfil militarizado las dimensiones económicas, sociales y culturales de las relaciones internacionales: “La República Popular China –señaló Stoltenberg el último miércoles– desafía nuestros intereses, seguridad y valores, y busca socavar el orden internacional basado en reglas (…) Hemos de tener en cuenta las consecuencias para nuestra seguridad cuando vemos que China (…) intenta el control de infraestructuras estratégicas, por ejemplo el 5G, la red de telefonía de última generación”.

**Hegemonía de las armas**

La respuesta de Beijing al documento de Madrid fue enunciada el 30 de junio por el portavoz de la delegación china ante la Unión Europea: “La OTAN aún continúa con su táctica de crear enemigos y de fomentar la confrontación de bloques. Este nuevo concepto estratégico ataca y difama maliciosamente a China. Daremos respuestas firmes y decididas a todo acto que socave nuestros intereses”.



*Desde que se inició la intervención militar en Ucrania, Rusia mejoró su situación financiera.*

La respuesta militar planteada por la OTAN contra China no parece ser el resultado de amenazas a la seguridad atlántica. Es el resultado de su éxito en la productividad industrial y de servicios, la dedicación a la cooperación –sin injerencismo–, su capacidad para ampliar sus mercados y su creciente poderío económico, tecnológico y científico. Según la perspicaz columnista del Washington Post, Katrina Vanden Heuvel, “las nuevas armas y bases del Pentágono no sustituirán nuestra incapacidad [la de Estados Unidos] para invertir en investigación y desarrollo de vanguardia, en una infraestructura moderna y eficiente y en una política comercial que sirva a los estadounidenses en lugar de a las corporaciones multinacionales”.

La OTAN está integrada por 30 países y diez socios. Además, Estados Unidos mantiene más de 700 bases ubicadas en casi la mitad de los países del mundo. En las tres últimas décadas, el Pentágono ha llevado a cabo operaciones militares en 85 países, con aval y asistencia del Mando Aliado de Transformación (SACT) –dependiente de la Alianza Atlántica–, dedicado a la capacitación y a la producción de pensamiento estratégico. En la actualidad, el SACT cuenta con centros de investigación articulados con centros académicos, think tanks y agencias de inteligencia en los cinco continentes. Actualmente hay 28 centros operativos, entre ellos el de ciberguerra en Estonia y el de comunicaciones estratégicas en Letonia, ambos orientados a producir y manipular contenido y algoritmos.

Para garantizar el cumplimiento de las nuevas orientaciones atlantistas, la mayoría de los integrantes deberá incrementar su presupuesto, tal cual lo exigía Donald Trump años atrás. En la actualidad solo una tercera parte de sus 30 miembros cumple con el compromiso de aportar el 2% de su producto interno bruto para la defensa. Por su parte, el Pentágono cuenta con un presupuesto más alto que en tiempos de Guerra Fría. El monto destinado por Washington al complejo militar-industrial es equivalente a la suma de los presupuestos militares combinados de los nueve países con mayores gastos.

La aprobación de los abultados presupuestos militares por parte del Capitolio cuenta con la promoción de 700 lobistas, encargados de persuadir a los miembros de las dos cámaras del Congreso. Muchos de esos agentes –encargados de solventar las campañas electorales y de sobornar (legalmente) a legisladores– son ex funcionarios de las Fuerzas Armadas. Dada que la práctica de convencer con aportes es legal en Washington, la Agencia de Responsabilidad Gubernamental llevó a cabo un relevamiento en el que identificó a 1.700 generales, almirantes y funcionarios ligados al Pentágono que, luego de abandonar sus cargos oficiales, pasaron a desempeñarse en las 14 principales empresas contratistas de producción de armas. Estas empresas, junto al Departamento de Defensa, aportaron en conjunto –en los últimos años– más de 1.000 millones de dólares a los 50 centros académicos más prestigiosos de los Estados Unidos. Como contraparte, la iniciativa Belt and Road promovida por Beijing –orientada a la cooperación en el desarrollo de infraestructuras– supone el 10% del presupuesto del Pentágono.

**Disimular derrotas**

Pese a tamaña inversión militar y a las sanciones unilaterales dispuestas contra Rusia, los mandatarios reunidos en España buscaron disimular el fracaso estrepitoso de las medidas tomadas: desde que se inició la intervención militar en Ucrania, las exportaciones de gas y petróleo de Moscú se han elevado, el incremento de los precios internacionales de los fertilizantes y la energía le ha permitido acrecentar los ingresos, se ha extendido la sustitución de importaciones (de los productos de aquellas transnacionales que han abandonado el país) y el rublo se ha valorizado. Fue quizás el Presidente Emmanuel Macron quien advirtió recientemente –durante una visita a Kiev el 16 de junio– que Europa no podrá separarse nunca de Rusia: “Nosotros, los europeos, compartimos un continente, y la geografía es obstinada: resulta que al final, Rusia sigue ahí”. Lo que no dijo, además, es que Moscú no podrá ser derrotada militarmente: es la primera potencia mundial en aparatología bélica nuclear.

El marco presentado por la OTAN supone una indudable advertencia para América Latina y, específicamente, para los BRICS. El martes, el ministro de Relaciones Exteriores de Rusia, Serguei Lavrov, informó en una conferencia de prensa en Asjabad, capital de Turkmenistán, que “tanto la Argentina como Irán son candidatos dignos y respetables (…) Lo más importante es que el proceso preliminar ha arrancado”. Por su parte, María Zajárova, portavoz del mismo ministerio, anunció que ambos países presentaron oficialmente sus solicitudes de ingreso. En el mismo periodo de tiempo, Boris Johnson, premier británico, se negó a entablar negociaciones sobre las Islas Malvinas y acusó de machista a Vladimir Putin, afirmando que la intervención militar en Ucrania se correspondía con una “masculinidad tóxica”. El jefe de la Federación Rusa le recordó que fue Margaret Thatcher quien invadió las Islas del Atlántico Sur, a miles de kilómetros de Londres.

El próximo año será el bicentenario de la Doctrina Monroe, verdadero antecedente de las fórmulas empleadas por la OTAN: pocos años después, el 5 de agosto de 1829, Simón Bolívar redactó una carta dirigida al coronel Patricio Campbell con una reflexión profética: “Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia a plagar la América de miserias, en nombre de la libertad”. Lo que no pudo advertir el caraqueño es que no sería únicamente América la víctima de esa plaga.

**¡O nos salvamos todos o desapareceremos todos por igual! He ahí el dilema**

Sergio Rodríguez Gelfenstein, 30 junio, 2022

Tras la reciente estrategia decidida por la OTAN en su Cumbre de Madrid que establece que China «desafía sus intereses, seguridad y valores», y que Rusia es «la amenaza más significativa y directa» para sus intereses, el mundo avanza muy rápidamente hacia su partición en términos de la estructura del sistema internacional.

La nueva hoja de ruta de la OTAN: señalar a Rusia como “amenaza directa” y apuntar contra China por “desafiar” sus intereses

El evento reafirmó los valores de la OTAN. Uno podría preguntarse, ¿a que se refiere? cuando pareciera que se estuvieran remitiendo a la tradicional política de Estados Unidos para endosarle a Rusia un supuesto interés por “establecer ámbitos de influencia y control directo a través de coacción, subversión, agresión y anexión», agregando que «usa medios convencionales, cibernéticos e híbridos…” como reza un comunicado publicado en el sitio web de esa organización guerrerista, la mayor estructura terrorista del planeta.

En el caso de América Latina es muy fácil constatar la verdad: ¿cuántas bases militares rusas o chinas hay en la región? ¿Cuántos portaviones o flotas de esos país rondan nuestros mares? ¿Cuántos presidentes han asesinado Rusia o China en América Latina y el Caribe? ¿Cuántas invasiones han ejecutado o propiciado?

Suponen la estupidez, la ignorancia y el olvido de nuestros ciudadanos para pretender que desconozcamos u olvidemos nuestra historia. ¿O tal vez creen que todavía somos españoles, y que tenemos monarcas de pantomima, gobiernos que solo sirven de marioneta para la diversión de sus amos y presidentes que se sientan a la mesa de los poderosos para recoger las migajas que vomita Washington cuando termina de comer?



Lo cierto es que Europa es un continente ocupado militarmente por Estados Unidos desde donde planea y ejecuta su proyecto hegemónico global a partir de acciones ofensivas contra cualquier lugar del planeta. En un reciente artículo, el analista español Luis Gonzalo Segura lo explica con certeza y precisión: “Nos dicen que los europeos y los norteamericanos somos socios, pero existen hechos incuestionables que desmontan esta falacia. En suelo europeo se encuentran desplegados por lo normal 70.000 militares norteamericanos en bases militares distribuidas por la geografía del Viejo Continente, una cifra que se eleva en la actualidad a más de 100.000 efectivos. Además, existe multitud de armamento norteamericano en Europa, incluyendo armas de destrucción masiva —pero no como las que Estados Unidos aseveró que existían en Irak, sino de las de verdad—.

Ahora, constatado este hecho, pregúntese cuántas bases militares europeas hay en Estados Unidos. La respuesta es conocida por todos: ninguna.

Vayamos a las otras dos grandes potencias mundiales: China y Rusia. ¿Cuántas bases militares chinas hay en Rusia o cuántas bases militares rusas hay en China? Efectivamente, ninguna. No solo no hay, es que ni se les pasa por la cabeza a ninguno de los dos países permitir que el otro instale bases militares en su territorio.

Habrá quien pueda replicar que existe una disimetría en la asociación entre europeos y norteamericanos, pero lo cierto es que lo que existe es una anormalidad. Una anormalidad si consideramos a Europa y los países europeos como soberanos e independientes, pero una absoluta normalidad si asumimos la realidad: Europa es un territorio militarmente sometido a Estados Unidos”.

Vista la situación en esta perspectiva, avanzamos hacia un sistema internacional inédito, jamás antes explicado e impensado incluso en el pasado más reciente. En un artículo en el periódico La Jornada de México, el laureado economista estadounidense Joseph Stiglitz opina que: ”Parece que Estados Unidos ha iniciado una nueva guerra fría”.

Pero a diferencia de la del siglo pasado en el que el elemento ideológico era el ordenador de las relaciones internacionales, Stiglitz afirma que ante la hipocresía estadounidense que sustenta sus puntos de vista en una supuesta defensa de la democracia, la de ahora “…hace pensar que, al menos en parte, lo que está en juego aquí es la hegemonía global más que una cuestión de valores”.

La avalancha de eventos multilaterales de las últimas semanas como las cumbres de los BRICS, de las Américas, del G-7, de la OTAN y los Foros de San Petersburgo y Davos, entre otros, dan cuenta de la intensidad con la que se están moviendo los principales protagonistas en el escenario internacional y la vorágine de gestiones en las que se ven envueltos.

Los 18 mandatarios con presencia virtual en la Cumbre de los BRICS

Vale decir que el gobierno de Venezuela ha tomado nota de esta situación por lo que el presidente Nicolás Maduro ha buscado ensanchar la mirada y el espacio del país, asumiendo él mismo junto a la vicepresidenta Delcy Rodríguez la responsabilidad personal para solucionar los problemas de Venezuela en este mundo tan caótico y en plena efervescencia en la que el imperio arrecia su agresividad, mientras se debate en una crisis multisectorial de la que visualizan que pueden salir solo a través de la guerra y un conflicto permanente que le asegure incrementar sus ingresos por la vía de su principal industria: la de la producción y venta de armas.

Así, llegamos a esta situación original y extraña enmarcada en la posibilidad de esa nueva guerra fría de la que habla Stiglitz. Lo novedoso es que la bipolaridad se manifiesta de manera diferente. Por una parte el polo occidental autodenominado “comunidad internacional” configurado por el 11% de la población del planeta, que hacia el interior funciona en términos unipolares con Estados Unidos actuando de forma hegemónica y teniendo a Europa, Australia, Nueva Zelanda y Japón como subordinados obedientes, incluso en desmedro de sus propios ciudadanos.

El otro polo, configurado por la gran mayoría de la humanidad se hs propuesto construir un gran ambiente multipolar en el que puedan participar varios centros de poder mundial en un espacio de cooperación y ayuda que ya se puso de manifiesto en el combate a la pandemia.

En este ámbito de confrontaciones y definiciones, se coteja la validez y persistencia de un derecho internacional construido tras siglos de búsqueda de la paz en el planeta versus la propuesta estadounidense de establecer “un sistema internacional basado en reglas” como forma de imposición unilateral de su lógica imperial. En este punto ya no se sabe cuál será el papel de la ONU en el futuro. Si sigue existiendo, habrá que definir, en qué condiciones lo hará, cuando observamos que la OTAN se ha apoderado de la principal organización multilateral del planeta.

La situación actual es solo comparable a la que se comenzó a vivir tras la derrota nazi en Stalingrado en febrero de 1943 que permitió visualizar que tras la derrota de Alemania y sus aliados un nuevo mundo sobrevendría y había que organizarlo y estructurarlo.

Pero ahora la situación es diferente y mucho peor. En las conferencias de Teherán (28 de noviembre al 1° de diciembre de 1943), Yalta (4 al 11 de febrero de 1945) y Potsdam (17 de julio al 2 de agosto de 1945) se moldeó la estructura del sistema internacional de la posguerra. Ahí se reunieron los adversarios ideológicos Iósif Stalin de la URSS, Winston Churchill de Gran Bretaña y Franklin Roosevelt de Estados Unidos (Harry Truman en la última porque el presidente Roosevelt había fallecido en abril de ese año). Se trataba de exterminar al nazismo y en torno a ese objetivo se habían transformado en aliados.

En el inicio de la guerra fría del siglo XX, a pesar de todo, ante la debacle que produjo 100 millones de muertos, primó la racionalidad y el deseo de paz, aún siendo imposible producir acercamientos ideológicos. Por supuesto todo cambió, cuando solo cuatro días después de finalizada la Conferencia de Potsdam, Truman (un presidente proveniente del Partido Demócrata) se apresuró a regresar a Washington para ordenar el lanzamiento de una bomba atómica contra la inerme ciudad japonesa de Hiroshima. Se hizo evidente que para Estados Unidos, la racionalidad tenía un límite si atentaba contra sus afanes hegemónicos.

Curiosamente uno de los acuerdos de la Conferencia de Potsdam, realizada dos meses después del fin de la guerra y la rendición de Berlín, fue la desmilitarización y desnazificación de Alemania, el mismo objetivo que se propone Rusia ahora al realizar su operación militar especial en Ucrania. Cabe preguntarse, ¿Por qué en 1945 tenía validez y ahora no? Y otra pregunta, ¿Qué ha pasado? O mejor dicho ¿que no ha pasado para que 77 años después, el objetivo sea el mismo?

Hoy la situación es diferente, se impone la irracionalidad que emerge –precisamente- del apoyo de Occidente al resurgimiento del nazismo y el fascismo como herramientas de control hegemónico del planeta. Ya lo habían hecho antes al crear Al Qaeda en Afganistán y el Estado Islámico en Irak y Siria, pero esta vez tiene un alcance mayor cuando se ha puesto en cuestión toda la estructura que ordena el sistema internacional.

Claro, ni Biden es Roosevelt, ni Johnson es Churchill ni tampoco Macron es De Gaulle, más allá de diferencias ideológicas, no se puede dejar de reconocer que aquellos eran estadistas, los de ahora no pasan de ser payasos intentando la puesta en escena de un circo en el que pretenden salvarse de la debacle. Someter a sus pueblos a dificultades indecibles solo para aplicar sanciones a Rusia que se han revertido de manera desfavorable para sus promotores, solo puede provenir de mentes pequeñas y mediocres que difícilmente están pensando en la salvaguarda de la paz y la convivencia de todos en el planeta.

De ese tamaño es el trance que enfrentamos. Pero hoy, el mundo no puede evocar aquella suposición de que es posible que alguien sea capaz de preservarse solo, porque ahora, o nos salvamos todos o desapareceremos todos por igual. Que cada quien haga lo que le corresponda.

**Los peligros de dar forma a un mundo recalcitrante**

Andrew J. Bacevich y Alex Jordan, 22 de junio de 2022, <https://www.thenation.com/>

Siempre que escuche a altos funcionarios estadounidenses promocionar la determinación de Washington de “moldear” el orden mundial de acuerdo con la visión estadounidense de todo lo que es correcto y bueno, asegúrese de tener a mano su chaleco antibalas. En la práctica, el “dar forma” suele culminar en intercambios de disparos.

Recientemente, en un discurso muy esperado, el secretario de Estado Anthony Blinken describió el plan de la administración Biden para “dar forma al entorno estratégico en torno a Beijing para promover nuestra visión de un sistema internacional abierto e inclusivo”. En una era que celebra la apertura y la inclusión, la visión de Blinken suena benigna.

Sin embargo, a juzgar por el pasado reciente, este último esfuerzo por moldear dejará a los estadounidenses y al mundo en una situación peor. Moldear es imponer. Incorporando expectativas de cumplimiento, el esfuerzo es inherentemente coercitivo. Cuando Estados Unidos se ponga en forma, prepárese para el retroceso.

Recuérdese que durante la Guerra Fría, la estrategia estadounidense se había centrado en la contención. Aunque se implementó de manera imperfecta, la idea general era bastante específica: prevenir la propagación del comunismo y evitar una Tercera Guerra Mundial catastrófica. Sin embargo, la abrupta conclusión de la Guerra Fría en 1989 encontró a la única superpotencia que quedaba en el mundo en una posición dominante sin ninguna idea de cómo hacer funcionar ese dominio.

La posibilidad de reclamar un “dividendo de paz” (el Pentágono declarando efectivamente Misión Cumplida) aparentemente nunca recibió más que una consideración superficial. Remodelar la antigua misión en una nueva, más proactiva, captó la atención de Washington. Dar forma, hacer que el mundo se ajuste a los valores e intereses estadounidenses, pareció llenar el proyecto de ley.

En septiembre de 1993, Anthony Lake, que entonces se desempeñaba como asesor de seguridad nacional del presidente Bill Clinton, dio a conocer este proyecto, al que denominó una " estrategia de ampliación ". Esta estrategia no era una empresa explícitamente militar. Su propósito anunciado, según Lake, era “movilizar a nuestra nación para ampliar la democracia, ampliar los mercados y ampliar nuestro futuro”, dando forma a múltiples dimensiones.

Sin embargo, los esfuerzos de la administración Clinton en Somalia, Haití, los Balcanes y el Golfo Pérsico pronto revelaron una preferencia por adoptar un enfoque de mano dura. Invadir, ocupar, derrocar —o al menos bombardear— aparentemente ofrecía una forma conveniente de obligar a los recalcitrantes a tomar forma. Con Donald Trump como una excepción parcial, los sucesores de Clinton respaldaron esa propuesta.

Incluso cuando crecía la inclinación de Estados Unidos por la intervención armada (y se disparaban los gastos del Pentágono), la justificación anunciada de la empresa seguía siendo la misma que había descrito Lake: dar forma a un orden internacional conducente a los valores democráticos liberales. Sin embargo, especialmente después del 11 de septiembre, cualquier conexión entre esos valores y los resultados realmente logrados, sin mencionar los medios empleados, se volvió cada vez más difícil de discernir. En el Gran Medio Oriente, la formación pronto cedió a la guerra eterna.

Cuando el ex presidente George W. Bush confundió recientemente la guerra de Rusia en Ucrania con la guerra estadounidense en Irak que había inaugurado en 2003, estuvo peligrosamente cerca de decir una verdad muy incómoda. Si no son hermanos, los dos conflictos son al menos primos hermanos: cada uno es una guerra ilegal de elección emprendida imprudentemente, cada uno justificado por la lógica ideológica más endeble (liberar Irak, desnazificar Ucrania), y cada uno resulta en un desastre absoluto.

Aun así, como si no se hubiera dado cuenta de los resultados de los esfuerzos anteriores, la administración de Biden ahora está ansiosa por intentar dar forma de nuevo, esta vez como respuesta al ascenso de China. Sin embargo, la “amenaza” de China, en la medida en que existe, no es principalmente militar. Es económica, comercial, tecnológica y medioambiental. Si Estados Unidos siente la necesidad de competir con China, debería centrarse en esos asuntos.

Imagine, por ejemplo, que Washington emprenda su propio equivalente de la Iniciativa Belt and Road de Beijing, desviando un mísero 10 por ciento del presupuesto del Pentágono para financiar programas de desarrollo internacional. Eso llegaría a unos ordenados $ 80 mil millones por año.

En cambio, la principal iniciativa económica de la administración Biden en la región equivale a una gran porción de té débil. El Marco Económico del Indo-Pacífico ni siquiera es un acuerdo comercial , es un acuerdo para iniciar consultas sobre negociaciones sobre reglas y estándares regionales. Si eso no le suena muy emocionante, no está solo: IPEF ha fracasado por completo en resonar entre las naciones que Estados Unidos espera incorporar a nuestro proyecto de “moldeamiento”. Es similar a una invitación a una fiesta a la que nadie quiere asistir.

Se dice que un diplomático africano comentó que cada vez que visita China recibimos un hospital, mientras que cada vez que visita Gran Bretaña recibimos una conferencia. El diplomático podría haber agregado que cuando Estados Unidos visita, lo hace para mostrar el poderío militar estadounidense. Más que una invitación a asociarse, el mensaje implícito es de paternalismo: necesita nuestra protección. El esfuerzo real de Estados Unidos para dar forma al entorno estratégico en torno a China enfatizará, en cambio, las bases, las capacidades mejoradas de proyección de poder, los ejercicios militares provocativos y la venta de armas. De hecho, estos ya describen las principales facetas del tan cacareado "pivote" asiático del Pentágono. No hace falta decir que el presupuesto del Pentágono sigue creciendo a buen ritmo .

En 1993, Anthony Lake propuso su Estrategia de Ampliación apenas dos semanas antes de que el famoso tiroteo de Mogadishu hiciera un agujero en las ingenuas expectativas de la administración Clinton de dar forma al futuro de Somalia. Casi 30 años después, las tropas estadounidenses permanecen en ese país recalcitrantemente fuera de forma, sin que se vislumbre el cumplimiento de la misión.

Si Estados Unidos debe aprender una lección de sus décadas en Somalia, es esta: confiar en el poder militar para dar forma al curso de los acontecimientos en países distantes requiere bolsillos muy profundos y una paciencia infinita, ninguno de los cuales poseemos actualmente. Y en comparación con China, Somalia parecería un caso fácil.

Enfatizar las zanahorias en lugar de los palos ha sido muy útil para China. La dependencia de EE. UU. de palos para moldear el comportamiento de otros ha demostrado ser un fracaso costoso. Especialmente cuando nuestra verdadera prioridad debería ser remodelar y reparar nuestra democracia en casa, seguramente podemos hacerlo mejor.